

ACTO SEGUNDO.

Corredor en casa de Doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS Y OTAVIO.

Marqués. ¿Cómo os va de sentimientos?

Otavio. Es sol vuestra compañía,

por quien la noche sombría
huye de mis pensamientos.Marqués. ¿Háos venido á la memoria
esta noche doña Clara?Otavio. Es á la luz de su cara
nube mi pasada historia:
y así me siento en estado,
que me alegrará el favor
de Clara; mas el rigor
no me dará gran cuidado.

Marqués. ¡Qué dicha!

Otavio. ¿Invidiaisme?

Marqués. Si;

que tanto llevo á pensar,
que á todos puedo invidiar,
si todos la causa á mí;
que este mi nuevo cuidado
me trata con tal rigor,
que en una noche de amor
siglos de infierno he pasado.
Encontrados pareceres
han dado á mis pensamientos
esperanza en los tormentos,
y temor en los placeres.
¡Ay, mas que el sol, ojos claros!
¡Si á lo que miro y adoro
igualase lo que ignoro!

Otavio. Lo que puedo aseguraros
es que en la virtud jamas
vió su igual Andalucía.Marqués. Pues con eso será mia.
Yo, Otavio, no quiero mas,
pues me iguala en calidad.

Otavio. Pues ¿casaréisos con ella?

Marqués. Y ¡ójala que Leonor bella
pague así mi voluntad!

Otavio. Es pobre.

Marqués. ¡Al cielo pluguiera
que lo fuese con exceso,
para que mi amor con eso
más esperanza tuviera!
En mis estados poseo

de renta, desempeñados,
más de veinte mil ducados:
pues con esto, á mi deseo,
¿qué cosa darle pudiera
el cielo, que más me cuadre,
que á mis hijos noble madre,
y á mi dulce compañera?

Otavio. Pues si casaros quereis,
pedidla; que al punto ereoque logreis vuestro deseo,
pues venturosa la haceis.

Marqués. ¡Qué poco sabeis de amor!

¿Vos sois el que, enamorado,
decis que habeis conquistado
tantos años un favor?

Quien por el contrato empieza,
se priva, Otavio, del biende contrastar un desden,
de vencer una esquiviza.Como en la taza penada
erece el gusto á la bebida,es la gloria más crecida
cuanto fué más deseada.El jugador, cuando aspira
á ver la carta, ¿no hallamás gusto en brujulealla
que si de priesa la mira?El cazador ¿no pudiera,
á costa de precio breve,alcanzar la garza leve,
coger la liebre ligera;y con el perro y halcon
se fatiga por más gloria,estimando la victoria
en más que la posesion?Pues dejadme conquistar
por amor la hermosa fiera,que casándome pudiera
tan fácilmente alcanzar.Dejad que, aunque esté en mi mano
el remediar mis enojos,en las cartas de sus ojos
brujulee el bien que gano.Dejadme que solenice
el amor que en ella nace,los favores que me hace,
los requiebros que me dice;que la posesion, pensad
que no es la gloria mayor;que el amor conquista amor,
la voluntad, voluntad.

Demas de que no es razon
que, aunque esté determinado,
muestre en caso tan pesado
liviana resoluzion.

Ni debo tan satisfecho
pensar que querrá Leonor:¿qué sé yo si ajeno amor
ocupa su hermoso pecho?Y si fio en mi grandeza,
como á mí, ¿no puede serque á otro de igual poder
haya preso su belleza?Y al fin, antes de intentar
empresas tan peligrosas,tomar el pulso á las cosas
es no querellas errar.Otavio. No os puedo negar que es esa,
marqués, cordura mayor;
mas yo no pensé que amor
os daba tan poca priesa.

Marqués. Otavio, no lo entendeis.

Esta cordura es locura,
y porque amor me apresura,voy con el tiento que veis;
que cuanto mas la jornadaquiere el que parte abreviar,
tanto más se ha de informardel camino en la posada;
que es muy necio desatiento,con peligro de perderse
partir, por no detenerse

á preguntar un momento.

Otavio. ¿Qué es esto? ¿Entramos á vella?

Marqués. Á Clara he de visitar,
con ocasion de tratarvuestros intentos con ella,
hasta poder de los míos

dar cuenta á doña Leonor.

Otavio. Padre es de industrias amor.

Marqués. Y tambien de desvarios.

Otavio. En el corredor está
sola Leonor.*

Marqués. ¡Qué ventura!

Otavio. Yo me voy: la coyuntura
gozad, que fortuna os dá;que á solas vuestros amores
más bien podrán alcanzar,

* Sin duda Leonor se halla en un ángulo del corredor, que no se ve.

porque suelen estorbar
los testigos los favores.

Marqués. Sois discreto.—Ayuda amor,

[Vase Otavio.]

los intentos que me has dado.

ESCENA II.

LEONOR.—EL MARQUÉS.

Leonor. [Hablando con algun criado que está
dentro.] ¿Sin avisar ha llegado
el marqués al corredor?Marqués. Yo tuve, señora mia
la culpa.Leonor. Pues perdonad,
señor, y licencia dad
para que avise á mi tia.Marqués. Dame tú, Leonor, licencia
para poderte negar
la licencia de privarmis ojos de tu presencia;
y más cuando en la pacienciano cabe tanta pasion,
porque viendo la ocasionde decirte mi tormento,
revienta ya el sentimientola presa del corazon.
No quiero decirte aquími mucho amor, angel bello,
pues basta para sabellosolo saber que te ví;
no decirte que ya en tífundo todos mis intentos,
mis glorias y mis tormentos,pues sabes tú estas verdades;
que no ignoran las deidadeslos humanos pensamientos.
No quiero, señora mia,pedir que paga me des;
que es bajeza el interés,la esperanza groseria;
solo merecer querrialicencia para quererte,
porque estimo de tal suertetus altas prendas, Leonor,
que se contenta mi amor

no más de con no ofenderte.

Leonor. Señor marqués, solo puedo,
á lo que oyendoos estoy,responderos que yo soy
doña Leonor de Toledo;

porque ya que no os concedo la licencia para amar, deciros quien soy, es dar á vuestro amor á entender, á qué se puede estender la que vos podeis tomar.

Marqués. Ese oráculo esplicad, que sus misterios ignoro. ¿He excedido yo el decoro que debo á vuestra deidad? ¿Por qué alegais calidad á quien amor os alega, cuando no solo no os niega mi fé culto verdadero, mas tanto más os venero, cuanto más amor me ciega?

Leonor. Quien ostenta calidad á quien le trata de amor, al amor opone honor, y al deseo honestidad. Con esto licencia dad para avisar á mi tia.

Marqués. Esperad, señora mia. ¿Cómo es posible que siendo vos el fuego en que me enciendo, quien me abrasa esté tan fria?

ESCENA III.

DOÑA CLARA.—DICHOS.

D^a Clara. ¿Qué es esto?

Leonor. (Ap.) ¡Ay triste!

D^a Clara. Leonor, recógete á tu aposento. (Vase Leonor.)

Marqués. Parienta.....

D^a Clara. En el alma siento

que me lo llameis, señor; porque estuviera mejor este agravio disculpado, si hubiérades ignorado mi calidad; pero ya ¿qué disculpa me dará quien saberla ha confesado? Si parienta me llamais, ¿cómo el obrar no lo muestra? ¿Cómo si soy sangre vuestra, mi deshonor procurais? ¿Mi sobrina requebrais cuyo honor está á mi cuenta, á excusas mias? Mi afrenta bien claro desto se arguye;

que de testigos no huye quien justos hechos intenta.

Marqués. Ello está muy bien reñido; mas fuera bien haber dado, como un oído al pecado, á la disculpa otro oído. ¿Qué tanto delito ha sido, hallando sola á Leonor, solicitarla de amor, si estando á solas, sospecho que fuera el no haberlo hecho cortedad y disfavor?

D^a Clara. En vano aplicar quereis á la ocasion el suceso, cuando contra vos en eso tantos indicios teneis; si no es que ya os olvidéis de que ayer, testigo yo, Leonor os arrebató el alma toda en despojos; que confesaron los ojos lo que la lengua negó. Y así, marqués, perdonad: y pues á mi casa á honrarme no venis, el visitarme de aquí adelante escusad. Y si vuestra voluntad violentare el ciego dios, solo os quiero, entre los dos, por despedida avisar que Leonor se ha de casar, y es tan buena como vos. (Vase.)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS.

“¡Que Leonor se ha de casar, y es tan buena como vos!” Por una senda las dos corren á un mismo lugar; que el ídolo en cuyo altar ardiente víctima quedo, dijo tambien: “Solo puedo á lo que oyendoos estoy, responderos que yo soy doña Leonor de Toledo.” Ambas con un mismo intento claro me dan á entender, que solo puedo tener remedio en el casamiento. No cupo en mi pensamiento,

Leonor, otro fin jamas; que si porque pobre estás, y yo rico, no lo esperas, ¡ojalá más pobre fueras para que yo hiciera más!

ESCENA V.

OTAVIO.—EL MARQUÉS.

Otavio. ¿Salió en favor la sentencia, marqués?

Marqués. ¡Ay amigo Otavio! gusto saco del agravio, favor de la resistencia.

Otavio. Enigmas son.

Marqués. Con prudencia, modestia y severidad, oyendo mi voluntad, solo la hermosa Leonor, negándome otro favor, me acordó su calidad, pues esto, Otavio, si creo á la esperanza, ¿no és decir que aunque soy marqués es su mano igual empleo? Y esto ¿no es lo que deseo?

Otavio. Pues ¿qué falta?

Marqués. Solamente

con recato diligente examinar su opinion; que es bajeza y no aficion pasar este inconveniente. Argos seré de su vida, sombra de su cuerpo hermoso: en caso tan peligroso recuerde el alma dormida. O se muestre ó se despida de su calle el sol dorado, la rondará mi cuidado; porque el noble, si es prudente, es celoso pretendiente, y cuidadoso casado. (Vase.)

Calle.

ESCENA VI.

DON GARCÍA Y DON FÉLIX.

D. Garc. Con esta resolucion va el papel.

D. Félix. Bien habeis hecho: que no puede haber provecho

en esto la dilacion, pues en llegando á entender vuestro engaño doña Clara, ver más á Leonor la cara imposible os ha de ser.

D. Garc. Por eso quiero abreviar, Félix, que tener intento acabado el casamiento cuando empiece á sospechar.

D. Félix. (Ap.) El medio de dos extremos en eso solo consiste.

ESCENA VII.

REDONDO, con un papel.—DICHOS.

D. Garc. Pues, Redondo, ¿vienes triste? ¿qué tenemos?

Redondo. No tenemos.

D. Garc. ¿Es respuesta?

Redondo. Bien pudiera

responder lo que un criado á quien su dueño á un recado mandó que á caballo fuera, y el señor, tras esperallo lo bastante, preguntó: “¿vienes? ¡hola!” Y respondió: “no hallo el freno del caballo.” Mas agora es bien que huya la pieza del gracejar, porque no se ha de mezclar con el requiem la aleluya.

D. Garc. Dí pues.

Redondo. Yo estaba en espía para dar éste á Leonor..... ¡mal haya quien tiene amor á mujer que tiene tia! ¿Nunca has visto cuando yerra la vaca por monte y prado, no apartarse del lado un momento la becerra? Pues mucho menos desvía de sí Clara á tu Leonor. ¡Dichoso Adan, que su amor gozó sin suegra ni tia.

D. Garc. Cuenta lo que ha sucedido: no me atormentes.

Redondo. Señor, cogíome en el corredor tras un pilar escondido; preguntóme lo que hacia, recelosa, á lo que ví,

pero yo le respondí,
que era amante de Mencía.

D. Garc. ¿Y aseguróse?

Redondo. ¿Quién sabe
la verdad del pensamiento?
Solo mandó que al momento
para un negocio muy grave
la veas.

D. Garc. Ya de su amor
temo que es solo un intento
dar prisa á su casamiento.

D. Félix. Yo tengo el mismo temor.

D. Garc. ¿Qué escusa podrá valerme?

D. Félix. Entrad riñendo con ella
por celos.

D. Garc. Si á mi querella
responde con ofrecermelo
mano de esposa al momento,
¿cómo he de huir la ocasión?

D. Félix. No aguardéis satisfaccion.

D. Garc. Será dañoso á mi intento
enojarme, cuando quiero,
con capa de verla á ella,
ver la sevillana bella.

D. Félix. Mejor traza.

D. Garc. Ya la espero.

D. Félix. Fingid que una liviandad
della os han dicho, y quereis,
antes que la mano deis,
averiguar la verdad.

D. Garc. Pues ¿de quién podré fingir
celos que lleven color?

D. Félix. ¿Qué ocasion quereis mejor
para poderlos pedir,
que el marqués Arnesto, á quien
vimos y aun dimos lugar
para entrarla á visitar
ayer los dos?

D. Garc. Decis bien.

D. Félix. ¿He de acompañaros?

D. Garc. Vella
á solas despues podeis,
porque mejor confirmeis
hablando á solas con ella,
don Félix, mis fingimientos,
deponiendo por testigo.

D. Félix. Bien decis.

D. Garc. Adios, amigo.

D. Félix. (Ap.) Ayuda, amor, sus intentos.
(Vase.)

Redondo. ¿Qué de hacer deste papel?

D. Garc. Entra conmigo, y procura
para darlo, coyuntura;
que está mi remedio en él.

Redondo. Tú verás la industria mia.

D. Garc. Ya ves que importa al efeto
el recato y el secreto.

Redondo. De mí, señor, te confía;
que no hay del Ganges al Istro
sirviente de mi cuidado.
Más secreto y recatado
seré que un recien ministro.

D. Garc. ¡Estraño capricho!

Redondo. ¿Estraño?

¿Pues hay parca inexorable
mas cruel, mas intratable,
que un ministro el primer año?

D. Garc. Con silencio hemos de entrar:
por dicha hallará mi amor
en parte á doña Leonor
que á solas la pueda hablar. (Vanse.)

Sala en casa de doña Clara.

ESCENA VIII.

DON GARCÍA Y REDONDO, *entrando en la sala;*
DOÑA CLARA, *en ella, sin verlos.*

Redondo. (Hablando con su amo ap.) Clara es
(tá en la sala.

D. Garc. ¿Harálo
mi suerte un tiempo mejor?

Redondo. Siempre se topa, señor,
primero en el dedo malo.

D. Garc. Pues escucha un pensamiento,
que á Leonor puedes con él
entrar á darle el papel
hasta el último aposento.

Redondo. Dí pues. (Hablan los dos bajos.)

D. Clara. (Sin ver á los dos.) Si eres dios, amor,
piadoso á mi bien te inclina:
permite la medicina,
pues que causaste el dolor.
Haz que fin dichoso dé
don García á mi esperanza:
no me quite su mudanza
lo que me ha dado mi fé.

Redondo. (Ap. á su amo.) ¡Estremado pensa-
manos á la ejecucion; (mientol
que hoy será Griego Simon.

(Fingese enojado don García, y saca la daga
contra Redondo.)

D. Garc. ¿Hay mayor atrevimiento?
¡Pícaro, desvergonzado!.....

Redondo. ¡Ay de mí! (Entrase huyendo.)

ESCENA IX.

DON GARCÍA, DOÑA CLARA.

Dª Clara. Señor, tened.

D. Garc. Atrevido, agradece
que os entrastes en sagrado.

Dª Clara. ¡Bien de mi pensamiento!.....

D. Garc. Cierra, engañosa, los traidores labios;
que como el fuego crece con el viento,
aumentan tus caricias mis agravios.
¿Qué falso cocodrilo,
qué sirena fingida
halaga así para quitar la vida?

Dª Clara. ¿Qué es esto?

D. Garc. ¿Qué preguntas?
en vano te dispones
á negar, enemiga, tus traiciones.
Ya sé que te he perdido,
por mas que cautamente
hayas favorecido
al marqués, que tú llamas tu pariente:
y no me has engañado;
que más es que pariente el que es amado.

Dª Clara. Escucha: ¿porqué así te precipitas,
y tus sospechas vanas y ligeras
tan fácil acreditas?
¿Por qué no consideras
que en este mismo techo
otra ocasion se esconde suficiente
á sujetar el corazon valiente
del mas armado pecho?
Si el amarme te ha hecho
pensar que sola yó de amor tirano
puedo mover la poderosa mano,
acuérdate que ha puesto
el cielo soberano
en el mirar honesto
de Leonor, mi sobrina,
más que humano poder, virtud divina.
Por ella vive preso
en aficion ardiente
el marqués mi pariente.

D. Garc. ¿Qué dices? ¿Cómo es eso?

Dª Clara. Digo que pierde por Leonor el seso,
y que la vez primera
que la vió, de repente arrebatado
en su beldad, quedó tan transformado,

que aunque negar quisiera
sus ardientes enojos,
los dijo el alma á voces por los ojos.

D. Garc. (Ap.) ¿Qué es lo que escucho, cielos?

Dª Clara. ¿Parécete invencion?

D. Garc. (Ap.) Rabio de celos.

Dª Clara. Aun hoy, para que creas
que te digo verdad, los he cogido
hablando á solas.

D. Garc. Calla.

Dª Clara. Porque veas

que en nada te he mentido,
ella misma lo diga.—

Leonor. [Llama.]

D. Garc. [Ap.] ¡Ay desdichado!

ESCENA X.

LEONOR.—DICHOS.

Leonor. ¿Llamas?

Dª Clara. ¿Qué te ha pasado
con el marques? Acaba, dilo presto;
que duda don García
por tí y por él de la firmeza mia.

Leonor. [Ap.] ¿Yo misma contra mí será tes-
tigo?

Dª Clara. ¿Qué dudas? (tigo?)

Leonor. Ya lo digo.
Hoy el marques á visitarte entraba:
y encontrando conmigo,
que sola acaso el corredor pasaba,
entre tiernas razones
comenzó á encarecerme sus pasiones.

Dª Clara. ¿Estás ya satisfecho?

D. Garc. Estoy de celos abrasado el pecho;
[Quitase el sombrero hablando con doña Clara.]
que cuanto más pretendes
satisfacerme, tanto más me ofendes.
¿Qué sacas de engañarme?

Leonor. [Ap.] Á mi endereza agora sus saetas.

D. Garc. ¿Por qué, cruel, para tan gran caida
quisiste levantarme?
Quitárame la vida
antes, ingrata, que un favor me dieras.
Primero que me oyeras,
de fiero tigre hircano
muerte me diera la sangrienta mano.
Quédate, falsa.....

Dª Clara. Espera.

D. Garc. ¿Qué tiene que esperar quien desespe-
ra?
¿Qué ha de hacer á tus ojos (ra?)
quien ya les causa enojos?